

ALONSO FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA, *Segundo tomo de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Ed. de Milagros Rodríguez Cáceres y Felipe B. Pedraza Jiménez. Biblioteca de Autores Manchegos-Diputación de Ciudad Real, Ciudad Real, 2014; 420 pp.

Para conmemorar el cuarto centenario de la aparición del *Segundo tomo de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* se encargó, desde la diputación de Ciudad Real, a Milagros Rodríguez Cáceres y Felipe Pedraza una edición de la obra de Alonso Fernández de Avellaneda, en la línea de la que ambos especialistas ya habían realizado para celebrar el IV centenario del *Quijote* en 2005 y que apareció también en la colección Biblioteca de Autores Manchegos.

Los profesores de la Universidad de Castilla La Mancha, con el criterio y el rigor que los ha caracterizado siempre en su dilatada carrera profesional, emprendieron la labor de una impresión “dirigida a un público culto pero no formado por filólogos profesionales”, que pretendía suplir el vacío editorial de una obra como la de Avellaneda que, si bien había registrado en los últimos veinte años varias ediciones críticas, algunas de ellas de indudable valor, nunca se había impreso para un público amplio más allá del estrictamente académico e investigador. Esta premisa inicial, determinada por la recepción de la edición, no obsta para que el trabajo de Rodríguez Cáceres y Pedraza, al ampliar su público lector, pierda interés desde una perspectiva filológica, antes al contrario. En lugar de cerrar puertas, lo que hacen ambos especialistas es abrir ventanas a un público más amplio que quiera acercarse a un texto tan nombrado como denostado, sin que por ello la versión que pasamos a reseñar pierda un ápice de rigor científico.

En la Introducción, se aborda una serie de aspectos de interés para el público al que va destinada la edición. Así, y como no podía ser de otro modo, se parte del inevitable contraste con la obra cervantina para resaltar la “actitud beligerante” que aún hoy en día mantienen lectores y críticos respecto a la obra de Avellaneda, que en ocasiones deviene en un odio “que tiene mucho de quijotesco”. A continuación, al hilo de la comparación con la obra de Cervantes, Rodríguez Cáceres y Pedraza analizan algunos de los ejemplos contemporáneos de remedo quijotesco para concluir que el texto de Avellaneda “es el más rico, interesante y complejo de cuantos se ensayaron en su tiempo, e incluso en siglos anteriores”.

Una vez salvado el siempre peliagudo tema de la comparación con la obra de Cervantes, se analizan algunas de las características principales del texto de Avellaneda, que se concretan en cuatro aspectos fundamentales. El primero tiene que ver con el tratamiento del realismo, que adquiere en el *Segundo tomo de El ingenioso hidalgo* una mayor concreción que en la novela cervantina y posibilita que “la realidad objetual cobr[e] vida y se cuell[e] en las vicisitudes del relato”. Esta observación

minuciosa de la realidad hace que se exageren, en ocasiones, los retratos y situaciones que se deslizan hacia lo que Rodríguez Cáceres y Pedraza califican como “feísmo expresionista”, que acerca la obra de Avellaneda a las novelas picarescas y la distancia del modelo cervantino. La tercera característica que se resalta es la presencia de lo aristocrático a lo largo del relato que, aunque recibe un trato bastante condescendiente por parte del autor, en algunos momentos también se puede “entrever una visión carnavalesca e irrisoria de ese estamento”. Un último aspecto que se pone de manifiesto en el análisis de la obra se relaciona con las dos novelas que se intercalan en el relato. Según Rodríguez Cáceres y Pedraza, su inserción la soluciona con solvencia Avellaneda, que “es capaz de estructurar con rigor y coherencia la trama argumental, equilibrar el conjunto del relato y sostener el ritmo narrativo; sabe ajustar el lenguaje a las situaciones y no es desdeñable su habilidad para ir combinando incitaciones diversas sin que decaiga el interés del lector”.

Los profesores de la UCLM coinciden en la apreciación general de la crítica al señalar que el aspecto en el que más evidentes se muestran las diferencias con el modelo cervantino es el de la caracterización y tratamiento de los dos personajes protagonistas, que no están, ni mucho menos, a la altura de los originales.

Una vez analizados los puntos más significativos de la obra de Avellaneda, Rodríguez Cáceres y Pedraza tratan el conflictivo y debatido tema de la identidad del autor y de la perspectiva que utilizó para su creación. Para ello, comienzan con un epígrafe, a modo de puente que enlaza con la parte anterior, en la que se repasa la lista de atribuciones de la autoría del texto, para terminar con una silueta hipotética del autor y las motivaciones que pudieron moverlo a continuar las aventuras del hidalgo. En el primero de los epígrafes críticos dedicados a la autoría de la obra, se resalta el consenso que existe en torno a la figura del creador del *Quijote* apócrifo, al que se tiene por una persona culta, aficionada a la literatura, interesada en una religiosidad cercana a las doctrinas de los dominicos y defensora de las reformas promovidas en el concilio de Trento. Este último aspecto ha sido utilizado por algunos especialistas para indicar el contraste con la perspectiva de Cervantes.

Rodríguez Cáceres y Pedraza, sin negar las teorías apuntadas, señalan una característica que une las obras de Cervantes y la de Avellaneda: su concepción como obras cómicas, herederas de la tradición clásica grecolatina, que partía del lema *turpitudine et deformitas*. Sin embargo, y a pesar del punto de partida común, el resultado es muy distinto en ambos autores y la diferencia radica en las calidades dispares que separan a un escritor que se puede considerar estimable de las de un genio, como señalan los responsables de la edición que estamos comentando:

Las calidades, y en especial el humor, de los Quijotes cervantinos son muy superiores, infinitamente más modernos que los de la novela de

1614. El arte de Cervantes ha sabido navegar por el proceloso piélago del tiempo y ha encontrado siempre nuevos y admirados lectores. El de Avellaneda está más anclado en su siglo: es una estimable muestra de la estética y las ideas de la sociedad barroca. No es poco.

El siguiente apartado del estudio ofrece una tabla muy interesante con las atribuciones que críticos y estudiosos de distintas épocas han realizado sobre la autoría del *Quijote* de Avellaneda. Los críticos se reparten en tres secciones: los que consideran que el escritor en cuestión era un religioso, los que atribuyen la autoría a un personaje laico con escasa o nula producción literaria y aquellos que son más partidarios de un poeta, dramaturgo o novelista conocido.

El tercero de los epígrafes citados completa el perfil del autor de la obra y trata el siempre delicado tema de los motivos que pudieron llevar al personaje a completar la obra de Cervantes. Se incide en la falta de correspondencia entre el prólogo y la novela, lo que ha llevado a afirmar a algunos críticos que ambas partes fueron escritas por personas distintas, lo que no corroboran literalmente Rodríguez Cáceres y Pedraza, aunque sí hablan de dos Avellanedas, o de dos receptores en momentos contrapuestos que pudieron pasar de la admiración a la irritación a causa de un hecho que se menciona en la presente edición, pero que no vamos a desvelar en esta reseña.

La introducción se completa con un apartado sobre cuestiones textuales en el que se habla de las dos ediciones que aparecieron en el siglo XVII, así como de las versiones modernas del texto, que se citan en el apartado de la bibliografía, en el que también se incluyen los estudios selectos que han manejado los autores.

Al final del volumen se incluyen también un glosario con aquellos términos y locuciones que pudieran ocasionar dudas al lector actual y un índice de los topónimos que aparecen en la obra. Por lo que respecta al aparato crítico del cuerpo central de la novela, las conocidas como notas a pie de página mantienen el rigor y exhaustividad propios de los trabajos de Rodríguez Cáceres y Pedraza.

El hecho de que se trate de una edición para un público amplio, categoría en la que pueden entrar especialistas, pero también lectores con pocos conocimientos filológicos, no impide que las explicaciones recorran el texto con la pertinencia propia sólo de aquellos investigadores que manejan con maestría los distintos registros ecdóticos. En el caso que nos ocupa, la edición de Rodríguez Cáceres y Pedraza se asemeja en el aparato crítico a las más solventes, como la que realizó el maestro Martín de Riquer en tres volúmenes o la no menos rigurosa y completa de Gómez Canseco. El criterio seguido para la intercalación de notas responde a una voluntad de “explicar los pasajes oscuros o difíciles para el lector de hoy” sin que por ello se caiga en un exceso de erudición que sería contraproducente con la finalidad de la edi-

ción. Por último, es de destacar, también, el esmero en la edición por parte de los responsables de la Biblioteca de Autores Manchegos, tanto por el tipo de papel como por la maquetación y cuidado del diseño, que facilitan la lectura y priman visualmente el texto de la novela sobre el aparato crítico.

Podemos apuntar, a modo de conclusión, que la edición del *Segundo tomo de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* llevada a cabo por Milagros Rodríguez Cáceres y Felipe B. Pedraza Jiménez viene a solventar la cuenta pendiente que existía con la obra de Alonso Fernández de Avellaneda para hacerla llegar a un público más amplio que el estrictamente académico o investigador. Y esta extensión de la amplitud en el campo de la recepción actual de la obra se ha realizado desde el rigor y la exhaustividad profesional con el objetivo de acercar al público general un texto como el de Avellaneda libre de prejuicios, para que sean los lectores los que valoren una obra que precisaba una mirada aséptica y lo más objetiva posible como la que han llevado a cabo Rodríguez Cáceres y Pedraza Jiménez.

F. JAVIER BRAVO RAMÓN

Universidad Nacional de Educación a Distancia